

Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios | Vol. 23 - Nro. 25
e-ISSN: 2610-7902 | e-Depósito Legal: ME2018000066

Afecto, amor y sexualidad como formas de subversión de las esclavas en Maryse Condé y Adelaida Fernández Ochoa **Affection, Love, and Sexuality as Forms of Subversion of the Female Slaves in Maryse Condé and Adelaida Fernández Ochoa** L'affection, l'amour et la sexualité comme formes de subversion des femmes esclaves dans Maryse Conde et Adelaida Fernandez Ochoa

Recibido 01.11.18 Aceptado 20.12.18

Luz Marina Rivas

Coordinadora de la Maestría de Literatura y Cultura del Instituto Caro y Cuervo (Colombia)

Profesora Titular jubilada de la Universidad Central de Venezuela (Venezuela)

luz.rivas@caroycuervo.gov.co

Resumen: Nos proponemos comparar dos novelas históricas que elaboran el imaginario de la esclavitud en los tiempos coloniales, en el Caribe insular y en el Pacífico colombiano: *Yo, Tituba, bruja negra de Salem* (1986) de la guadalupana Maryse Condé y *La hoguera lame mi piel con cariño de perro* (2015), Premio Casa de Las Américas del 2015, de la colombiana Adelaida Fernández Ochoa. Ambas novelas dialogan con novelas canónicas y en ambas se reescribe la historia. En ambas estudiaremos cómo los afectos, el amor y la sexualidad mueven a los personajes en busca de su libertad y cómo construyen nuevas formas culturales al entrar en relación con la alteridad.

Palabras clave: Maryse Condé, Adelaida Fernández Ochoa, narrativas del Caribe, narrativa colombiana, culturas afrocaribeñas, culturas afrocolombianas.

Abstract: We intend to compare two historical novels that elaborate the imaginary of slavery in colonial times, in the Caribbean Islands and in the Colombian Pacific: *Yo, Tituba, bruja negra de Salem* (I, Tituba, black witch of Salem, 1986) by Guadeloupean writer Maryse Condé, and *La hoguera lame mi piel con cariño de perro* (The bonfire licks my skin with affection of dog, 2015), Casa de Las Américas Award 2015, by Colombian writer Adelaida Fernández Ochoa. Both novels dialogue with canonical novels and in both of them the history is rewritten. We will study in them how affection, love, and sexuality drive the characters in search of their freedom and how they construct new cultural forms when entering into a relationship with otherness.

Keywords: Maryse Condé, Adelaida Fernández Ochoa, Afro-Caribbean cultures, Afro-Colombian cultures, Caribbean narratives, Colombian narrative.

Resumé: Nous avons l'intention de comparer deux romans historiques qui élaborent l'imaginaire de l'esclavage à l'époque coloniale, dans les îles des Caraïbes et dans le Pacifique colombien: *Yo, Tituba, bruja negra de Salem* (Moi, Tituba, sorcière noire de Salem, 1986) de l'écrivain Guadeloupéenne Maryse Condé, et *La hoguera lame mi piel con cariño de perro* (Le bûcher me lèche la peau avec affection de chien, 2015), Prix Casa de Las Américas 2015, de l'écrivain Colombienne Adelaida Fernández Ochoa. Les deux romans dialoguent avec des romans canoniques et, dans les deux cas, l'histoire est réécrite. Nous étudierons dans eux comment l'affection, l'amour et la sexualité font agir les personnages à la recherche de leur liberté et comment ils construisent de nouvelles formes culturelles en entrant en rapport avec l'altérité.

Mots clés: Maryse Condé, Adelaida Fernández Ochoa, cultures afro-antillaises, cultures afro-colombiennes, récits caribéens, récits colombiens.



¿Cómo citar?

Rivas, L. M. (2019). Afecto, amor y sexualidad como formas de subversión de las esclavas de Maryse Condé y Adelaida Fernández Ocho. *Contexto*, 23(25), pp. 63-74.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA

Las novelas *Yo, Tituba, bruja negra de Salem* (1986) de la guadalupana Maryse Condé y *La hoguera lame mi piel con cariño de perro* (2015), Premio Casa de Las Américas del 2015, de la colombiana Adelaida Fernández Ochoa, son novelas intrahistóricas que ficcionalizan el mundo de la esclavitud desde la perspectiva de personajes femeninos que construyen discursos subjetivos en primera persona. Nos proponemos ponerlas en diálogo, como discursos que se integran en la reelaboración del mundo de la esclavitud en los tiempos coloniales. Maryse Condé recrea la esclavitud del Imperio Británico en el Caribe; a su vez, el mundo representado en la novela de Fernández Ochoa está más ligado a la cultura del Pacífico colombiano. Sin embargo, ambos espacios comparten la presencia de las culturas de ancestros africanos, la economía de plantación, y en ambas novelas se les da voz a las mujeres. En el viaje realizado por la protagonista de la novela de Fernández Ochoa, también se representa el Caribe, pues la protagonista busca regresar a África. Si ya Doris Sommer había visualizado las novelas románticas del siglo XIX como novelas fundacionales de la nación, estas novelas contemporáneas se les contraponen para mostrar la participación de los esclavos negros y sus descendientes en la historia de América, en particular de las mujeres. Ambas novelas coinciden en tener como intertextos novelas fundacionales del siglo XIX: *Yo, Tituba...* tiene a *La letra escarlata* (publicada por primera vez en Estados Unidos, en 1850), de Nathaniel Hawthorne, y *La hoguera lame mi piel...*, a *María* (publicada por primera vez en 1867, en Colombia), de Jorge Isaacs. Si bien las novelas de Hawthorne e Isaacs proponen heroínas que viven trágicas historias de amor, las voces de las protagonistas de Condé y Fernández Ochoa construyen el relato histórico desde sus propias vivencias de Eros, que constituyen formas de subvertir el orden colonial y de conocerse a sí mismas para luchar contra este.

De la bruja y la adúltera: Tituba y Hester

La novela de Maryse Condé *Yo, Tituba, bruja de Salem* (1986) recrea ficcionalmente la historia de Tituba, la única esclava negra que históricamente estuvo presa con las llamadas brujas de Salem. En un epílogo, Condé relata que el personaje histórico sobrevivió a la cárcel y fue vendida por el precio de su pensión en la prisión, pero que su rastro se perdió, en vista de que la historia de un personaje como ella no tiene cabida en la Historia oficial. La novela le da voz y le permite relatarse a sí misma y responder a los silencios de la historia sobre su final. En esta novela, se narra el exilio de la trata de Abena, madre de la protagonista; el propio exilio de Tituba, cuando es vendida a un pastor protestante que se la lleva de Barbados a los Estados Unidos, y el regreso a la isla de Barbados luego de muchas vicisitudes. En el relato puede apreciarse que se invoca el poema *Cuaderno de retorno al país natal*, del martiniqueño Aimé Césaire, tal como lo expresan en sus apreciaciones sobre ella Aura Marina Boadas (2014) y Luis Alberto Vidal Sierra (2013). Podemos notar que esto es válido también para *La hoguera lame mi piel con cariño de perro*.

Tituba nace en Barbados. Es fruto de la violación de su madre Abena en un barco negrero. A su llegada a la isla, es comprada por un amo cruel, pero la esposa de este, Jennifer, casi niña como Abena, le da su afecto. Abena embarazada es considerada inservible para el amo, quien la entrega a Yao, un esclavo rebelde, también ashanti que había intentado suicidarse para no trabajar en la plantación. Este se hace protector de Abena y asume la paternidad de Tituba, cuyo nombre es invención suya. Tituba pasa los primeros años sufriendo el rechazo de la madre, pero recibiendo el afecto de Yao. Un día, el amo ve a Abena y se despierta su lujuria. Abena, para evitar la violación, lo hiere y lo mata con un machete, por lo cual es condenada a la horca y Yao vendido. Este termina suicidándose y la niña queda huérfana a los siete años de edad. La expulsan de la plantación. Se haría cargo de ella Mamá Yaya, una anciana yerbatera, que le enseña a Tituba sus saberes curativos y el arte de comunicarse con los muertos. De esta

manera, Tituba crece libre y escondida, hasta que se enamora de un esclavo, John Indiano, y toma la decisión de vivir como esclava para poder ser su mujer. Su ama, Susanna Endicott, la tilda de bruja y la reprime de todas las maneras posibles. Tituba ama a su hombre, pero desde el presente de la enunciación situado en un futuro lejano a la materia narrada, se hace consciente de su error. Ella misma ha elegido la esclavitud, cosa que no han hecho los esclavos que llegan secuestrados en los barcos negreros. Llega a apreciar el valor de la libertad cuando comprende que la ha perdido por sus propias decisiones:

Los esclavos que salían por hornadas de los barcos negreros mientras toda la alta sociedad de Bridgetown se reunía para observarlos, a fin de burlarse en coro de sus andares, sus caras, sus actitudes eran mucho más libres que yo. Porque no habían escogido sus cadenas. No habían caminado por su propia voluntad hacia el mar suntuoso y encrespado para entregarse a los traficantes y exponer sus espaldas a la marca del hierro.

Fue eso lo que hice (p. 32).

El amor por un hombre la ha llevado a la esclavitud, pero en su proceso de conocerse a sí misma y establecer otras relaciones de afecto y de amor, encontrará, primero, una libertad interior, y finalmente, la libertad que la llevaría a luchar con los cimarrones de su isla por todos los esclavos.

El ama se ensaña porque a Tituba la precede su fama de bruja. Finalmente, los vende a ambos a Samuel Parris, un pastor puritano que los lleva a un exilio primero en Boston y luego, en Salem, donde Tituba será torturada y encarcelada, acusada de brujería. Después de varios años, es indultada y vendida a un comerciante de origen judío, que se convertirá en su amante, hasta que logra volver a su isla cuando el amo la libera luego de una tragedia. Allí, mientras se une a otros dos hombres con los que tendrá relaciones amorosas, participará en una rebelión de esclavos, condenada por la represión de las autoridades de la isla. Tituba muere ahorcada.

En esta novela las múltiples relaciones de afecto y de amor del personaje constituyen lecciones de crecimiento interior y de apertura de la conciencia hacia la necesidad de ser libre.

En primer lugar, resultan muy importantes las relaciones de sororeidad, las que se construyen entre mujeres. Si bien la paternidad de Yao es muy importante para Tituba, Mamá Yaya es quien le enseña las artes de la curación, la inicia en los misterios del mundo de los muertos, lo cual le permitirá comunicarse con ella misma y con sus padres, quienes la apoyarán en los peores momentos de su vida. La anciana yerbatera, aun después de su fallecimiento, la acompaña en los momentos críticos de su vida, le anticipa el futuro y da continuidad en ella a los saberes heredados de África.

Las mujeres blancas, sometidas a sus maridos, de una manera diferente a la de los esclavos, resultan también víctimas de una sociedad machista y racista. Así, Abena le da su afecto a Jennifer, la esposa del primer amo, antes de que este la entregara a Yao. La joven ama era tan niña como ella y había sido obligada a casarse con el amo, un hombre viejo y cruel:

Jennifer y mi madre trabaron amistad. Al fin y al cabo, no eran más que dos niñas asustadas por el rugido de los grandes animales nocturnos y el teatro de sombras de los flamboyanes, los güiros, las ceibas de la hacienda. Dormían en la misma cama, y mientras sus dedos jugaban con las largas trenzas de su compañera, mi madre contaba las historias que su madre le había contado en Akwapin, su aldea natal (p. 6).

Por su parte, Tituba buscará cuidar y proteger a la débil Elizabeth, esposa del pastor, su hija y su sobrina. Las tres, reprimidas por una religión castradora, no pueden quitarse las cofias, no pueden hablar libremente, no pueden salir de la casa. Tituba, entonces, aligerará

sus vidas contándoles los cuentos africanos que había escuchado de Yao, curándolas de sus enfermedades con sus saberes de las yerbas, y convirtiéndose en su confidente.

Una de las grandes represiones que tiene el ama es la de su sexualidad. Para ella, esta es un deber odioso que su esposo ejerce con asco, sin quitarse la ropa. Tituba busca enseñarle otra mirada sobre el sexo: es “el acto más hermoso del mundo” (p. 54). Su cuerpo dador y receptor de placer es la única pertenencia que tiene Tituba en ese ambiente represivo, en el que debe ocultar sus saberes y sus canciones del poder masculino, en el que se ve obligada por su marido a fingir para no sufrir castigos. Tituba, tempranamente, había descubierto en la masturbación una forma de darse placer; más tarde, el placer que le proporcionaba John Indiano le permitió disfrutar de una sexualidad que vivía con intensidad, aunque debía ser un sexo furtivo:

Cada noche, cubierto de barro, temblando de frío, perdido de cansancio, mi hombre me hacía el amor. Como dormíamos en un cuartucho contiguo al dormitorio de la ama y el amo Parris, debíamos tener cuidado de no emitir ni un suspiro, ningún gemido que pudiese revelar la naturaleza de nuestra actividad. Paradójicamente, nuestro ardiente intercambio, resultaba aún más sabroso (p. 65).

Sin embargo, ese cuerpo, por su color, es asociado con el demonio, es torturado y violado cuando Tituba es acusada de bruja, cuando en su histeria, las niñas de Salem hablan de las curaciones con yerbas que la esclava les aplicaba. En la prisión conocerá a Hester, re-creación de la mujer acusada de adulterio de *La letra escarlata*, quien la protege, le narra su historia de un matrimonio forzado a los dieciséis años con un hombre mayor al que aborrecía y de sus muchos abortos provocados para no tener hijos. Tituba le confiesa que ha hecho lo mismo varias veces para no tener hijos esclavos. A pesar de ello, Hester estaba embarazada del hombre al que sí amaba, por lo cual cayó en desgracia, como Tituba cayó en la esclavitud por su amor a John Indiano.

Para John Indiano, el deber de un esclavo era sobrevivir, aun si eso significaba mentir constantemente, decirles a los amos lo que estos quisieran escuchar.

Por ello, él se salva de la cárcel, pero ella no. John le ha insistido en que confiese lo que los blancos quieren que confiese para salvar su vida con el argumento de que “-¡Culpable eres! Claro que sí, y para ellos lo serás” (p. 121). Esa manera de actuar lo lleva a convertirse en amante de las mujeres blancas del pueblo, pero Tituba termina encadenada y torturada en la prisión. Hester le hace ver que las mujeres siempre llevan la peor parte en todas las situaciones. Le dice: “¡La vida trata mejor a los hombres, blancos o negros!” (p. 132). La conversación de las dos mujeres en la cárcel las hace conscientes de la opresión que sufren las mujeres en razón de su sexo. Hester llega a formular una utopía propia, luego de recordar el Paraíso perdido de Milton: “Sí, yo quisiera escribir un libro donde presentaría el modelo de una sociedad gobernada y administrada por las mujeres” (p. 133). En una relación horizontal, Tituba le cuenta su propia historia, a petición de la amiga blanca, a la manera heredada de su propia cultura, que es fundamentalmente oral, no cultura de libros como la de Hester:

(...) y empecé mi cuento con las palabras del arraigado ritual, siempre vigente, que vinieron a iluminar nuestro triste encerradero:
-¡Tim, tim, leña seca!
-¿Duerme el patio?
-¡No, el patio no duerme!
-Si el patio no duerme, entonces que escuche este cuento, mi cuento (p. 130).

De esta manera se encuentran dos culturas en el diálogo de estas mujeres marginadas. Hester se ahorca en la prisión, aun sintiendo que está esperando a una hija. Supone que en el mundo en que vive, es la mejor salida. Esta Hester rebelde, que analiza la situación de las mujeres de su época mientras recibe el castigo de la prisión, que decide suicidarse para no continuar siendo víctima, poco se parece a la Hester Prynne de *La letra escarlata*, que aun después del perdón de su comunidad, continúa castigándose a sí misma en un autoexilio elegido y en la práctica del autosacrificio por ejercer una caridad cristiana más allá de la que practican los habitantes de su comunidad, la Boston del siglo xvii. Su única lucha es la que da por el valor más alto que tiene: el sentimiento maternal, que la impele a suplicar poder conservar a la hija nacida del adulterio. En *La letra escarlata*, novela fundacional, solo las virtudes cristianas de la sumisión y el desprendimiento configuran el ideal femenino. El encuentro de Hester y Tituba en *Yo, Tituba, bruja de Salem*, en la cárcel, es el de dos mujeres profeministas. Hester se hace maestra de Tituba cuando le enseña cómo funciona el mundo bajo el poder masculino y la insta a confesar lo que le solicitan las autoridades del pueblo para incriminar a sus enemigos, lo que le permitiría salvarse. Se encuentran por su opresión, que las iguala, más allá de sus diferencias raciales, sociales o de origen cultural. Luego de su muerte, aun en la cárcel, Tituba podrá encontrarse con ella, que llega del más allá, con su cuerpo:

Aquella noche Hester vino a acostarse junto a mí, como hacía a veces. Apoyé mi cabeza en el nenúfar tranquilo de sus mejillas y estreché su cuerpo. // Paulatinamente me invadió el placer, lo cual me extrañó. ¿Acaso se puede sentir placer abrazando a un cuerpo semejante al de una? Para mí, el placer siempre había tenido la forma de otro cuerpo cuyas hondonadas se amoldaban a mis protuberancias, y cuyas protuberancias se metían en las tiernas heridas de mis carnes. ¿No sería que Hester me indicaba el camino hacia otro goce? (p. 160).

De esta manera, se vislumbra para Tituba la posibilidad del amor entre mujeres.

El amor y la amistad entre mujeres es lo que trae consuelo a Tituba en su vida difícil de esclava en un sistema colonial, racista y patriarcal. Desde el más allá, Mamá Yaya y Abena llegan a consolarla. Mamá Yaya le envía incluso a Judah, una mujer fallecida, que se le aparece a Tituba para enseñarle los secretos de las hierbas en la nueva tierra de su exilio. Estas relaciones de sororeidad recuerdan las múltiples culturas femeninas a lo largo de la historia de Occidente, que han surgido a la sombra del patriarcado y que han creado las estrategias del débil para sobrevivir.

Tras muchas vicisitudes, Tituba es vendida a un comerciante portugués de origen judío llamado Benjamín Cohen, que la protege, le habla de sus muchas persecuciones por su raza y termina siendo su amante. En esta relación se equipara la persecución a los judíos con la trata negra. Se produce una identificación entre ambos amantes por las tragedias de ser judío o ser negro, es decir, ser culpable a priori. Vemos cómo, en esta novela, los perseguidos del mundo se identifican unos con otros, de la misma manera que lo formulan Cesaire en su *Cuaderno de regreso al país natal*, que equipara entre otros oprimidos del mundo a los judíos que han sufrido pogromos con los negros esclavizados, o Edouard Glissant en su *Discurso antillano*, cuyas reflexiones retomaremos al final.

Tituba logrará llegar de nuevo a su isla, su país perdido, luego de una tragedia resultante del antisemitismo contra Benjamín. Su casa es incendiada y sus hijos mueren. La comunidad pretende acusar a Tituba y su amo le da la libertad y la ayuda a regresar a su isla, como era su deseo. En Barbados, se unirá a un jefe cimarrón que la embaraza. Luego, deja a los cimarrones y regresa a su choza original, donde es requerida como curandera por los esclavos de las haciendas. A ella llega Iphigene, un joven esclavo que casi muere por una brutal paliza. Ella lo

sana; él se convierte en su amante-hijo y luego en líder de una rebelión de esclavos, en la que ella participa. La rebelión fracasa y Tituba es ahorcada embarazada. Desde el más allá, transmitirá sus saberes a una niña de la isla, Samantha, escogida entre muchas. Sabe que la historia de los blancos la olvidará, pero no así los suyos: “Yo no pertenezco a la civilización del Libro y del Odio. Los míos guardarán mi recuerdo en sus corazones sin necesidad de grafías” (p. 230). De esta manera, Tituba, que regresa a su isla luego del exilio norteamericano, se afianza en una tradición oral que será transmitida por una línea femenina. En ella está la continuidad de los saberes de Abena y Mamá Yaya, así como de las culturas de origen africano, que reclaman un lugar en la memoria colectiva, pero entra también la cultura de las mujeres blancas, como los saberes de Judah, que desde el más allá es enviada por Mamá Yaya para enseñar a Tituba las virtudes de las hierbas del suelo norteamericano. En las múltiples relaciones entre mujeres que se dan en la novela, se construye una cultura femenina, diversa, caracterizada por trascender las diferencias raciales y culturales, en la que se reúnen los saberes de mujeres diferentes, como los de Tituba y Hester.

De la criada sumisa a la manumisa rebelde: Feliciano y Nay

La novela *La hoguera lame mi piel con cariño de perro* (2015) resulta ser una secuela de la historia de Nay, de Gambia, inserta en *María* de Jorge Isaacs, novela fundacional colombiana, publicada por primera vez en 1867. En *María*, entre los capítulos XL y XLIII, aparece como relato independiente y exótico su historia romántica de princesa ashanti, cuyo amor por el guerrero Sinar, esclavizado por el padre de ella, Magmahú, tuvo grandes obstáculos, hasta que por fin pueden casarse. En su noche de bodas, la aldea es atacada por enemigos y ambos son secuestrados y separados para ser llevados como esclavos a América. La desembarcan en el Darién, desde donde es llevada a la casa de un contrabandista irlandés, William Sardick, que vive en el Golfo de Urabá, cuya esposa, Gabriela, mestiza de Cartagena, la cuida y le enseña el castellano. Allí, Nay descubre que está embarazada de Sinar. Esto demora su venta. Una vez nacido su hijo, Gabriela le hace saber que en el país en que están, su hijo sería libre al cumplir los 18 años. Sin embargo, Sardick negocia su venta con un norteamericano. Gabriela le comunica que en el país donde vivirá, su hijo será siempre esclavo. El padre de Efraín, de origen inglés y judío, quien acaba regresar de buscar a María niña, que se ha quedado huérfana, se aloja por unos días en la casa de Sardick. Nay le suplica que la compre para cuidar a la niña y para permanecer en el país. Este accede y paga por ella un precio mayor. Enseguida le extiende una carta de libertad, pero le ofrece seguir con él y vivir en su hacienda como aya de María, su sobrina huérfana:

-Guarda bien esto. Eres libre para quedarte o ir a habitar con mi esposa y mis hijos en el bello país en que viven. // Ella recibió la carta de libertad de manos de María, y tomando a la niña en brazos, la cubrió de besos. Asiendo después una mano de mi padre, tocóla con los labios, y la acercó llorando a los de su hijo. // Así fueron a habitar en la casa de mis padres Feliciano y Juan Ángel. // A los tres meses, Feliciano, hermosa otra vez y conforme en su infortunio cuanto era posible, vivía con nosotros amada de mi madre, quien la distinguió siempre con especial afecto y consideración (Isaacs, p. 235).

En esta cita, podemos ver un orden del mundo del texto: en el lugar más alto el amo bueno que no maltrata, moralmente elevado, y en el lugar más bajo, la criada agradecida y humillada, que acepta su suerte sumisamente. Nay, convertida al catolicismo, es bautizada como Feliciano y su hijo, como Juan Ángel. Ambos serían criados. Feliciano estaría destinada a cuidar de la lechería, pero también sería la niñera de los niños de la casa, a quienes les contaba historias de África. En el capítulo XL de la novela, Feliciano está por morir, lo cual hace que Efraín, como narrador, cuente su historia en los términos que hemos expuesto. Muere de una hepatitis en

el capítulo XLIII y su hijo Juan Ángel continuará como criado bajo la protección de la familia blanca que lo ha acogido desde niño. Su destino no diferirá demasiado del de un esclavo. Efraín recuerda que cuando niño, él, sus hermanas y María la llamaban Nay de vez en cuando, pero ella prefería ser llamada Feliciano. El nombre de Nay le causaba tristeza.

En la novela de Adelaida Fernández Ochoa, las imágenes cambian. Nay habla en primera persona y recupera su nombre. Su historia es aquí diferente. Nay no muere, sino que regresa a Gambia. En esta novela, no se trata de la esclava sumisa, sino de una mujer que, aunque libreta, pronto se da cuenta de que esa carta de libreta que lleva en su faltriquera, no significa nada. Ser negra le impide desplazarse libremente. Su color ya es un límite difícil de traspasar. En su viaje hacia el Caribe siempre será una esclava huída y será perseguida y apresada. Así, dirá: “Todos los negros somos culpables. Vos lo sabés tanto como todos. Ni vos ni yo conocemos el delito, pero somos culpables, dije” (p. 114). Su única idea de la libreta está en el regreso a su tierra natal, con su hijo Sundiata, que no Juan Ángel. La novela está escrita a dos voces: la de Nay y la de Sundiata, que se alternan para narrar su vida en la hacienda, la búsqueda de Sinar, las relaciones con los cimarrones que acompañaban al General José María Obando, jefe de los caudillos llamados “Supremos” en rebelión contra el poder central, entre 1839 y 1842, y el viaje de huída hacia el Caribe para buscar el regreso a África. De esta manera, conocemos a la protagonista desde su mundo interior y desde la mirada del hijo.

En esta novela se deconstruye la historia romántica que, como bien lo explica Donald Mc Grady (2014), tiene muchas coincidencias con la *Atala* de Chateaubriand. De acuerdo con este crítico, Isaacs introdujo en *María* una historia que tenía el exotismo propio de las novelas románticas europeas, con la denuncia social de la esclavitud. Como sea, en *María* Nay solo ama a Sinar y luego de su pérdida sus afectos serán solo maternales, para su hijo y para los niños de la casa.

En *La hoguera lame mi piel con cariño de perro*, Nay es Nay y hace suyos el gobierno de su propio cuerpo y los saberes de su cultura. Al mismo tiempo, logra algunas prerrogativas que no tienen los esclavos. Aprende a leer y escribir. Como administradora de la lechería, manejará las cuentas del amo y se convertirá en su amante y confidente; este le permitirá buscar a Sinar, enterrar a los muertos de la guerra y ejercer sus dotes de curandera para la familia y para los esclavos. Habla de su historia en primera persona, relata su historia por sí misma. Se rescata incluso la lengua original. Nay le canta a María y a su hijo Sundiata canciones en wólof, que los tranquilizan y los ayudan a dormir. Resulta interesante en esta novela las diferentes formas como se construyen las relaciones entre los personajes. Nay aparece signada por la historia de amor con Sinar. Sin embargo, muy tempranamente se establece otra relación con Ibrahim Sahal, el padre de Efraín, a raíz de su compra y liberación. No hay en esta relación una violencia sexual, sino una entrega de Nay voluntaria, tal como ella lo escribe en una carta que le deja tras su huída:

Algunas veces, como la primera en el champán, ¿se acuerda?, la niña dormía sus fiebres, se buscaron mi gratitud y sus ganas, atrincheradas contra la cabina de mando, ajeno el mundo de a bordo, luego oímos chapoteos en el agua. Nos espiaba un manatí. Algunas veces hicimos el amor con sentimiento. Nunca le hablé de sentimientos, esta es la ocasión, los míos hacia usted apagaron el candil cuando dormía, acomodaron el mosquitero, revisaron las grietas de los alacranes y llenaron su hamaca con todas las cosas posibles. Los suspiros eran ciertos (p. 101).

El hecho de ser criada la ata a su patrón, el señor Sahal, su amo y amante, en una relación de amor que también puede ser de odio, en algunos momentos. La relación de servidumbre naturaliza, en el sistema colonial, la sexualidad entre el amo y la esclava o la criada, pero en este caso la relación incluye el goce sensual:

El trote desbocado de su alazán me despertó en la madrugada y antes de que cruzara el cerco, descorrí la tranca y volé para la cocina a prender el fogón para colarle un café. Llegó desabrochado y sin mediar improprios volcó en mí su desesperación. Como en la tarde, por aquella violenta reacción en su oficina, yo presintiera su visita, me había preparado en cuerpo y mente. De manera que, atrincherada contra el muro, mordí el placer, y con su desahogo borbotando en mis tibiezas me sentí infinita. Si no quieres besarme, finge, dijo. Y lo besé sin fingir. Mientras se tomaba el café seguía explorando debajo de mi falda. Hurga, aprieta, luego regala mordiscos, me recorre su lengua. Soy líquida y lo estrangulo en mis remolinos. Luego, también él es mi almeja de beber. Permanecemos sentados el uno frente al otro, el crepitar del fogón arullaba mi levedad. Y quizá la de él (p. 95).

El erotismo de este fragmento muestra una relación en la que la intimidad se da entre dos sujetos que se igualan en el placer, a pesar de las diferencias sociales que median entre ellos. Hay aquí una relación de afecto que no implica sometimiento. No tenemos aquí los cuerpos violados y suplicados que encontramos en *Yo Tituba, bruja de Salem*. En los encuentros con el amo, Nay es una mujer libre. Sin embargo, Nay es consciente de que su amo es el *Otro*. Él está por encima socialmente, no forma parte de sus *hermanos*, sus iguales, los demás negros: “Cuando muere un hermano hay jolgorio. Él se libera y nosotros nos alegramos, se reúne con su vida perdida, la gente y la tierra (...) el hermano se expande por encima de sus dichas y miserias, nos lo cuenta el último sorbo de aire” (p. 90). De hecho, el amo no comparte esa cultura común que se comparte con los hermanos, ni accede a la petición de Nay de ayudarla a realizar el viaje a África y concederle cartas que le permitan llegar al mar para embarcarse hacia Gambia. Nay comparte con los suyos el deseo de libertad. Como su amo le permite buscar a Sinar, consigue entonces acercarse a los palenques donde viven los cimarrones que han creado rutas que favorecen los desplazamientos de los rebeldes y adonde llega Candelario Menzú, su nuevo amor, que milita en el ejército de Obando, quien ha prometido la libertad a los esclavos si consigue ganar la guerra contra el centralismo.

La necesidad de la libertad es la que impulsa la búsqueda de Sinar, que al fin y al cabo es un guerrero, pero nunca aparece y Nay comienza a dudar si será el mismo. El encuentro con Candelario va precedido de la admiración por quien lucha por la libertad, aunque para Nay la libertad verdadera solo puede estar en el regreso a Gambia. Sus encuentros amorosos son de una pasión liberadora:

Desfallecemos juntos. Afuera se revientan los sapos, y este es el único nido de mi vida, aquí he vuelto a tener noticias de mi cuerpo, ¡ah!, tan atento a mis latidos, todo lo presente, todo lo sabe, surge de la pasión con preguntas sobre mí, y su vigor me abraza, me acaricia, me socava son la tortura más dulce. Hasta ahora recuerdo este fuego de burbujas que revientan en mi pecho. ¡Ah!, la mejor fruta no es vegetal, sino su boca, y no quiero dormirme porque este es mi sueño, cuando cabeceo me jalo yo misma hacia ese paraíso, sólo quiero reposar en los soles galopados de su piel. Mirarlo, mirarlo. Me bebo su risa, su risa cascada de muelas felices (p. 120).

Esta relación sí sucede entre iguales y resulta liberadora. Sin embargo, rompe con la idílica imagen de la fiel esposa que buscaba a Sinar, lo cual engeguece de celos al señor Sahal, quien la acusa de ser la concubina de un sedicioso. Cuando se entera de su relación con el cimarrón Candelario Mezú, la amenaza desde los celos machistas: “Fuiste más allá de lo permitido a una mujer que habite una casa con nombre. (...) Negra, tené en cuenta esto: Si vos te vas de mi

casa, te mato para siempre” (p. 81). Incluso la compara con Manuelita Sáenz, a quien llama “la quiteña desvergonzada”. De esta manera, la doble moral del sistema colonial se impone. No se irrespeta la casa si el amo tiene relaciones sexuales con la criada, pero si esta tiene una sexualidad libre, es castigada. Como contrapartida, Candelario la comparará también con Manuela Sáenz, cuando hable de cómo los tambores han seguido su viaje hasta las bocas del Río San Juan, en un encuentro en la última etapa de su viaje, en el que la llamará “la Libertadora del Libertador”: “Con decirte que te pusieron charreteras y medallas” (p. 121).

El amor a la libertad impulsa a Nay de Gambia a huir, pero ese amor a la libertad es también el amor a su hijo Sundiata, a quien le duele ver humillado por el miedo, miedo a fallar y miedo al castigo:

Como el garrote lo persigue, él suele pedir perdón. Yo estoy tratando de que no use esa palabra, la palabra perdón subordina, yo haré que la cambie y en su lugar diga que eso no volverá a pasar, que mientras lo diga, mire al futuro, el futuro está más allá del amo, de su mano y de su pie. Y su risa. Que lo repita: eso no volverá a pasar. En esa frase germina la semilla de libertad (p. 13).

Al principio de la novela, Sundiata tiene mentalidad de esclavo. Incluso siente que su madre se debe primero a María que él y se esconde para oír a su madre cuando le canta canciones africanas a la niña, para sentir la tranquilidad que le producen sus cantos. A lo largo del viaje hacia el Caribe, Sundiata crece. En cierto momento, es apresado por el gobernador de Buenaventura, que intenta violarlo. Nay asesina al gobernador y salva al hijo. Este aprende a defenderse, a curar como su madre, a remar y a perder el miedo. A diferencia de la madre dulce que era Feliciano en *María*, Nay es una mujer firme sin dejar de ser amorosa, que guía a su hijo, machete en mano, por caminos inhóspitos y peligrosos. En los distintos encuentros a lo largo del accidentado viaje, Nay encuentra, como Tituba, que el color de la piel ya la hace culpable a ella y al hijo. Poco vale su carta de libertad escondida en su faltriquera. Finalmente, ambos lograrán embarcarse hacia África, luego de una penosa travesía por selvas y ríos, plagados de espinas, alimañas y, peores aún, alguaciles y autoridades que pueden truncar su viaje. La maternidad de Nay se expresa en el deseo de liberar a su hijo de la servidumbre física, pero también la servidumbre mental. Quiere hacer de él un guerrero, como su padre.

A lo largo de la novela, los afectos mueven a Nay: el afecto por el amo le otorga privilegios, que incluso le permiten ganar algún dinero que cambia por oro, para su viaje; el amor por Sinar la impulsa a buscarlo y a ampliar sus horizontes hasta las rancharías de los cimarrones y servir a la causa de estos como curandera, sabia conocedora del poder de las hierbas heredado de sus ancestros; el amor por Candelario la hace madurar como mujer dueña de su cuerpo y de sus decisiones. Finalmente, también Nay se apoya en las mujeres hermanas para lograr sus propósitos: las mujeres de las rancharías la ayudan en su búsqueda de Sinar:

Nay, nosotros ya hemos mirado la expresión de los ahorcados, la catadura de los caídos, hemos indagado en las cenizas del tabaco y en los tizones del rescoldo, pendientes estuvimos de los tambores y los desembarques, y el tránsito de minero a agricultor, a alarife, a artesano; de esclavo a cimarrón; buscamos en las alcobas felices de negras y de blancas, en las cicatrices de los bogas, en las historias de los lenguaraces, en las mil barrigas del océano, en las agallas del Dagua, el Cauca, el Magdalena y el Atrato, y no hallamos a Sinar (p. 75).

Distintas mujeres aparecen en distintos momentos de su vida para guiar a Nay. Primero, Gabriela, la mestiza esposa de Sardick, que solo quedaba libre cuando él salía. Gabriela enseñó el español a la esclava y compartió con ella sus historias: las de Calila y Dimna de su libro, que se parecían a las de Tío Tigre y Tío Conejo, de la memoria de Nay; la ayudó en su parto

y la protegió de su idea de matarse o de matar a Sundiata para que no fuera esclavo. Aparece también Brígida, la angoleña, en las Bocas del San Juan, con quien entabla una amistad de iguales, que no quiere dejar la tierra de su exilio, porque sus hijos han nacido en ella:

(...) hablamos ella y yo, nos contamos toda la historia de nuestras vidas, mezcladas esta lengua en la que escribo y nuestras lenguas heredadas que en algún punto de esta diáspora se entrelazaron y ahora nos permiten entendernos mejor de lo que hubiéramos entendido estando hoy, ella en su Angola y yo en mi Gambia (p. 143).

En esta cita es posible visualizar la construcción de una cultura propia, nueva, la cultura creole, que Edouard Glissant describe como “lo Diverso”, el encuentro de otredades que se enriquecen unas a otras, que crean nuevos lenguajes y que nacen en la oralidad. Dice Glissant: “Estoy por creer que lo escrito es la huella universalizante de Lo Mismo, ahí donde lo oral sería el gesto organizado de lo Diverso” (p. 229). En Portobelo, en Panamá, aparece otra mujer guía, que les dará las claves para llegar a Santo Tomás y conseguir pactar con un judío llamado Ishay cómo embarcarse para ir a África. Esta mujer negra, vestida de amarillo y con un turbante, “Tenía la presencia de Dios y el dominio del verbo, de manera que nosotros quedamos muy limitados de palabra” (p. 160). Ella les lee el futuro: “A ver las tazas, dijo, y entre los residuos de chocolate forjados con la rúbrica de nuestro aliento, leyó: Buen viaje y buena mar” (p. 161).

Dos novelas en diálogo

Finalmente, podemos encontrar cómo ambas novelas tienen muchos puntos de convergencia:

En primer lugar, tenemos como protagonistas a dos mujeres negras que se narran a sí mismas, en primera persona, una, ficcionalización de un personaje histórico perdido en el silencio de la historia androcéntrica, blanca y racista; otra, la reescritura de un personaje ficcional redimensionado desde la perspectiva de su cultura original. Ambos personajes se hacen sujetos de sus propias historias en contraposición a las heroínas de las novelas decimonónicas que funcionan como intertextos, *La letra escarlata* y *María*. En ellas, las protagonistas sumisas al poder patriarcal sufren pasivamente sus destinos y aceptan como propio el orden social que las oprime.

Ambas novelas reescriben textos fundacionales para redimensionar el papel de las mujeres negras en la historia. La reescritura de textos de la cultura occidental es un tópico interesante en la narrativa del Caribe. La misma Maryse Condé ha reescrito *Cumbres borrascosas*, de Emily Bronte, bajo el título de *Winward Heights* en 2008, como antes Jean Rhys hiciera con *Jane Eyre*, de Charlotte Bronte en *El ancho mar de los sargazos*, en 1966. En estas reescrituras se proponen miradas nuevas de la historia, desde el Caribe, que incluyen a nuevos sujetos como hacedores de la historia.

Por otra parte, en la historia de las esclavas juega un importante papel su bagaje cultural: ambas son sabias que conocen la medicina ancestral y los ritos cosmogónicos de sus lugares de origen, ambas transmiten esos saberes a sus hijos y también a la cultura blanca de llegada, contribuyendo con la hibridación de la cultura. Tienen consigo historias, canciones, saberes que se transmiten por vía oral y que se reelaboran en una cultura nueva, en la medida en que son compartidos con nuevos sujetos de distintos orígenes.

Esa continuidad en las generaciones posteriores genera una concepción de la maternidad en ambas novelas, marcada por el amor a la libertad. Para Tituba, su descendencia no debe padecer la esclavitud; si el peligro es ese, se practica abortos. Solo en libertad, acepta su embarazo, que no llegará a término por su muerte. Entonces, más allá de la muerte escoge una

hija adoptiva, tal como ella fue hija adoptiva y continuadora de Mamá Yaya. Para Nay, su hijo debe ser un guerrero, no un esclavo. Por ello, amenaza con ahogarlo si el señor Sahal no la compra para que su hijo sea libre a los dieciocho años. Una vez que garantiza su libertad futura, busca enseñarlo a no ser esclavo, le cuenta sus historias, le enseña a curar con hierbas, lo hace consciente de su origen y su linaje.

Frente a la sociedad patriarcal, androcéntrica y racista, se construye en la sombra una cultura oral subterránea, que se transmite entre mujeres. La sororeidad está presente en ambas novelas y ayuda a contrarrestar la violencia masculina y racista. Esta cultura de mujeres tiene una concepción del cuerpo femenino libre de culpa, en la que la sexualidad y el goce del cuerpo se viven a plenitud. Al fin y al cabo, los cuerpos son lo único que posee un esclavo en una sociedad esclavista. Si bien en ambas novelas, ser negro es ser culpable, esa culpa original no es internalizada por los personajes, que se niegan a permitir la colonización de sus mentes. Reivindican su propia valía y el amor es la pulsión que lleva a las protagonistas a emprender el camino de regreso a su país natal, la una, a su isla de Barbados, para ayudar a los suyos; la otra, a Gambia, de donde fue arrancada por los traficantes negreros.

En ambas novelas, las protagonistas se identifican con mujeres blancas oprimidas, pero también las protagonistas tienen amos de origen judío, de los cuales se hacen amantes. Judíos y negros son perseguidos por su otredad, especialmente en la primera novela. Se sugiere, entonces, algún tipo de identificación entre los perseguidos. Benjamín Cohen libera a Tituba y a Nay la libera el señor Sahal y es el señor Ishay quien la ayudará a llegar a África. Dice Césaire en su importante poema *Cuaderno de regreso al país natal*:

Partir

Como hay hombres-hienas y hombres-panteras, yo sería un hombre judío
 un hombre cafre
 un hombre-hindú-de Calcuta
 un hombre-de-Harlem-sin-derecho-a-voto.

El hombre-hambruna, el hombre insulto, el hombre tortura se podría en cualquier momento
 apresarlo, molerlo a golpes, matarlo -perfectamente matarlo- sin tener que rendirle cuentas
 a nadie sin tener que presentarle excusas a nadie
 un hombre-judío
 un hombre-pogromo
 un cachorro
 Un pordiosero
 ¿mas se puede matar el Remordimiento, bello como la cara de estupor de una dama inglesa
 que encontrase en su sopera un cráneo de Hotentote?

En este poema de Césaire, el yo oprimido entra en relación con el otro. Hay una identificación con el sufrimiento del otro; de aquí que en las novelas que nos ocupan, esto esté presente desde el amor y los afectos y contribuye a la gestación de una cultura que incorpora al blanco y al negro, de diversos orígenes, una cultura diversa. La identificación con los oprimidos está presente en la noción de lo Diverso, de Edouard Glissant, en su reflexión sobre la poética de la relación: "Lo Mismo requiere el Ser, lo Diverso establece la Relación (...) Lo mismo es la diferencia sublimada; lo Diverso es la diferencia consentida" (p. 226). Y es lo Diverso lo que marca las culturas caribeñas para este autor. Por ello, marca también profundamente las obras de Maryse Condé y Adelaida Fernández Ochoa.

REFERENCIAS

Boadas, A. M. (2014). "Yo, Tituba, bruja negra de Salem: un itinerario para la superación de estereotipos". Prólogo de la novela de Maryse Condé: *Yo, Tituba, bruja negra de Salem*. Caracas: Ambassade de France en Venezuela, Monte Ávila Editores Latinoamericana e Institut Francais [Primera edición en francés: Mercure de France, 1986]. Traducción de Amelia Hernández.

Condé, M. (2014). *Yo, Tituba, bruja negra de Salem*. Caracas: Ambassade de France en Venezuela, Monte Ávila Editores Latinoamericana e Institut Francais [Primera edición en francés: Mercure de France, 1986]. Traducción de Amelia Hernández.

Cesaire, A. (2016). *Obra escogida. Cuaderno de un retorno al país natal. Las armas milagrosas y Los perros callaban*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Hawthorne, N. (1850/2015). *La letra escarlata*. Traducción de Francisco Sellén. Passerino, Amazon.

Glissant, E. (2005). *El discurso antillano*. Traducción de Aura Marina Boadas y Amelia Hernández. Monte Ávila Editores Latinoamericana.

McGrady, D. (2014). "Introducción" en Isaacs, Jorge. *María*. Edición de Donald McGrady. Madrid: Cátedra (14^a.edición).

Isaacs, J. (2014). *María*. Edición de Donald McGrady. Madrid: Cátedra (14^a. edición).

Vidal Sierra, L. A. (2013). "Cuerpos vulnerables con máscaras blancas: *Yo, Tituba, la bruja negra de Salem*, de Maryse Condé". *Cuadernos del Caribe e Hispanoamérica*, nro.18, julio - diciembre, pp. 167-193.